

## Cervantes y Sterne: de hombres, libros y caballos

● ANA ELENA GONZÁLEZ TREVIÑO

Un ejemplo notable de la influencia de Cervantes en Inglaterra se da en una de las novelas más escandalosas y exitosas del siglo XVIII: *La vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, de Laurence Sterne. Los nueve volúmenes que se publicaron originalmente aparecieron a lo largo de ocho años, de diciembre de 1759 a enero de 1767. Su éxito fue inmediato: antes de 1800 ya se había reeditado 13 veces, y ya se había traducido al francés y al alemán. Y esto a pesar de que el libro fue considerado indecente desde sus inicios y, sobre todo, indigno de la pluma de un hombre de la Iglesia como lo era Sterne. Un amigo cercano había leído el manuscrito del primer volumen y trató de disuadirlo de sacarlo a la luz, pues temía por la reputación de su amigo. En la respuesta de Sterne, fechada en el verano de 1759, éste se justifica situándose en la línea de Jonathan Swift, a quien a su vez describe como heredero de Rabelais.<sup>1</sup> Sin embargo, en otra carta fechada un año después y referente a la segunda entrega de *Tristram Shandy*, dice que ha continuado con el propósito que lo llevó a escribir desde un principio, y que es el de recrear lo que él llama *Cervantick Satyr*, es decir, una sátira cervantina o sátira al estilo de Cervantes, si bien confiesa que quizá sus esfuerzos se hayan quedado cortos, muy por debajo del español a quien tanto admira: “we are bad Judges of the merit of our Children”, comenta.<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Laurence Sterne, *Tristram Shandy: An Authoritative Text. The Author on the Novel. Criticism*. Ed. de Howard Anderson. Nueva York/Londres, Norton, 1980, p. 461. Todas las citas de Sterne están sacadas de esta edición. En *Tristram Shandy*, III, xix, el narrador jura por las cenizas de “my dear *Rabelais*, and dearer *Cervantes*” (p. 139).

<sup>2</sup> *Ibid.*, p. 465. Comparar con la siguiente idea, que es un tópico erasmiano rescatado por Cervantes: “Acontece tener un padre un hijo feo y sin gracia alguna, y el

De hecho, las alusiones a Cervantes proliferan en *Tristram Shandy*. Las hay explícitas como la de la citada carta, pero las hay también más sutiles, hechas a través de caracterizaciones y situaciones chuscas. En esta ocasión mencionaré algunas de las más significativas, para posteriormente dar ejemplos de caracterizaciones y escenas que se derivan del ejemplo de Cervantes. Sin embargo, quiero poner especial énfasis en una afinidad todavía más profunda entre ambos autores, que consiste en compartir una cierta actitud hacia la cultura del libro y los convencionalismos librescos, una afinidad que hermana a Cervantes con Sterne de modo más entrañable que con ningún otro autor inglés.

*Tristram Shandy* es una novela narrada en primera persona por el personaje que lleva ese nombre. Éste anuncia desde el título que contará su vida y opiniones, para lo cual se remonta al pasado, al momento preciso en que fue concebido por sus padres. Pero como es bien sabido, Tristram avanzará con lentitud inusitada en el relato de su vida, pues constantemente la narración se verá interrumpida por sus opiniones y múltiples relatos colaterales que, sin contribuir a la supuesta trama principal, son vitales para establecer el tono característico del llamado *shandyismo*.

Así, muy al principio del primer volumen aparece un personaje singular: el párroco del lugar, cuyo nombre es nada más y nada menos que Yorick. El nombre de Yorick en sí mismo constituye una alusión a Shakespeare: Yorick es el bufón muerto en *Hamlet*, sobre cuya calavera medita famosamente el príncipe de Dinamarca. Yorick es también el pseudónimo que utilizó Sterne para publicar un famoso libro de sermones; así que no cuesta mucho trabajo percibir que este personaje, también ministro de la Iglesia anglicana, es una especie de autorretrato caricaturesco de Sterne.

El primer rasgo de la caracterización de Yorick es que éste era la comidilla del barrio debido a que montaba un caballo ridículo. Este corcel singular era un “jamelgo triste y flaco, que valía más o menos una libra con quince chelines” y “para abreviar toda descripción del mismo,

amor que le tiene le pone una venda en los ojos para que no vea sus faltas, antes las juzga por discreciones y lindezas y las cuenta a sus amigos por agudezas y donaires” (I, pról., p. 7).

era hermano de sangre de Rosinante [*sic...*] puesto que era idéntico a él hasta en el último cabello”.<sup>3</sup> El caballo de Yorick era tan flaco y desgano que habría sido montura digna de la mismísima Humildad. No obstante, también tenía sus debilidades carnales, y para justificarlas, el narrador alude a la aventura que aconteció a Rocinante con los yan-güeses, diciendo que su incontinencia no procedía de ningún defecto físico, sino al contrario, de la salud cabal de su torrente sanguíneo (I, 15, pp. 130 y ss.).

Una vez establecido el precedente equino, resulta más fácil relacionar al párroco mismo con el ingenioso hidalgo. A Yorick, objeto de la burla de sus feligreses, le gustaba reírse de sí mismo, y su aspecto físico era muy similar al de don Quijote, ya que “nunca cargó una sola onza de más sobre sus huesos, pues era en realidad tan flaco como su animal” y que ambos, “como un centauro, [eran] un solo ser”.<sup>4</sup> Los rasgos de su cuerpo y de su personalidad se equiparan a cualquiera de los refinamientos del sin par caballero de la Mancha, a quien el narrador dice amar más que a cualquiera de los héroes de la Antigüedad, y habría hecho más por irlo a visitar a él que a cualquiera de ellos.<sup>5</sup>

No obstante, Yorick tenía una falla trágica, o más bien tragicómica, y era que no podía evitar mofarse de la gente, así que se fue granjeando poco a poco la ira de todas las víctimas de su sarcasmo, al grado de que con frecuencia quijotesca le propinaban palizas ejemplares. Hasta que un buen día un par de golpeadores, nombrados sólo con unos asteriscos, lo dejaron tan maltrecho que quedó al borde de la muerte. Esto no impide que sus últimas palabras sean una cita de Sancho Panza. Yorick se queja de que le han dejado la cabeza tan maltratada y deforme por los golpes que “aunque llovieran mitras del cielo como granizos, ninguna le quedaría”. Y más aún, el narrador cuenta lo siguiente:

El último aliento de Yorick pendía de sus labios temblorosos, listo para partir mientras decía esto —y aun así, fue capaz de pronunciarlo con un tono cervantino —*it was utter'd with something of a cervan-*

<sup>3</sup> L. Sterne, *op. cit.*, p. 11. (Ésta y las siguientes traducciones son mías.)

<sup>4</sup> *Ibid.*, p. 13.

<sup>5</sup> *Ibid.*, p. 15.

*tick tone*—, [y mientras hablaba, su amigo percibió] que un fuego llameante iluminaba sus ojos —débil retrato de aquellos destellos de espíritu que (como dijera Shakespeare de su ancestro) habían sido capaces de producir carcajadas en todos los comensales.<sup>6</sup>

He aquí un raro ejemplo de alusión combinada a Shakespeare y Cervantes, y ocurre en uno de los pasajes más memorables de la literatura inglesa. Yorick muere al fin, y su epitafio y su elegía son las célebres palabras de Hamlet, “Alas, poor Yorick!”, una cita tan conocida, dice Tristram de manera burlona, que nadie pasa por su tumba sin repetir: “Alas, poor Yorick!” El epitafio está seguido de la primera sorpresa gráfica del libro, que es una página negra por ambos lados, como señal de luto por la muerte de Yorick. Cervantes no podía ocupar un sitio de más honor en el mundo de Tristram Shandy.

Y si bien el personaje más explícitamente quijotesco de la novela muere muy al principio, en el capítulo XII del primer volumen (aunque reaparece después en varias ocasiones memorables), esto no significa que aquí terminen las alusiones al *Quijote* y las enseñanzas aprendidas de Cervantes. *Todos* los personajes de Sterne, de hecho, tienen un motor cervantino en tanto que funcionan a partir de inclinaciones muy particulares que los rebasan y los obligan a hacer locuras. Es más, el método principal de caracterización de los personajes, anuncia el narrador, es a partir de lo que él llama su *hobby-horse*, que es lo mismo que incluso nosotros hoy en día llamamos un *hobby*. El *hobby-horse* es originalmente un caballito de juguete, ya sea el típico caballito-mecedora o un simple palo con cabeza de caballo. Sin embargo, ya desde el siglo XVII la palabra significó también una manía u obsesión, algún tema en particular por el cual un individuo se interesa de manera extravagante y persistente, y del cual se considera dueño y amo absoluto.

De esta manera, si el origen de la locura de don Quijote son los libros de caballerías, la locura del tío Toby (que es uno de los personajes más encantadores de *Tristram Shandy*) procede de su pasión por los mapas de batalla y los libros de estrategia militar. Su *hobby-horse* consiste en escenificar batallas históricas en su jardín, sobre todo las de la guerra

<sup>6</sup> *Ibid.*, pp. 22-23.

de Inglaterra contra Holanda —en particular el sitio de Namur, donde él mismo participó y resultó herido. Con ayuda de su fiel criado, Trim, Toby erige y derriba puentes y fortificaciones con singular alegría, y, por supuesto, colecciona libros y mapas de estrategia militar. Después de una larga lista de autores, el narrador calcula que Toby tenía casi tantos libros de lo que él llama “arquitectura militar” como don Quijote tenía libros de caballerías cuando el cura y el barbero invadieron su biblioteca (I, 6, pp. 60 y ss.).<sup>7</sup>

Sterne también emplea la técnica de crear parejas de personajes que nos recuerdan en más de un sentido a la célebre pareja de don Quijote y Sancho. La arriba mencionada pareja del tío Toby y su criado Trim son sólo el ejemplo más evidente, y encarnan el ideal de lealtad del criado al amo, incluso en las empresas más estrafalarias. Otra pareja digna de mención es la del mismo Toby, que es todo emoción, con su hermano Walter, padre de Tristram, que es profundamente analítico y racional. Además, Walter Shandy, cuyo *hobby* es la argumentación y el debate, suele hablar con *gravitas* cervantina (*Cervantick gravity*), pues es capaz de parecer serio cuando en realidad tiene intenciones satíricas.<sup>8</sup>

Hay una cuestión adicional en la que se refleja la influencia de Cervantes. Además de su vena filosófica, Walter Shandy tenía dos obsesiones más: las narices y los nombres propios, y la manera en que éstos influyen en las personas. El supuesto protagonista de la historia nace por fin en el capítulo XXIII del tercer libro. Poco después recibimos una extensa cátedra —que va del capítulo XXXI al XLII— acerca de la importancia de la nariz para triunfar en la vida. La grandeza que Walter esperaba de su hijo se ve contrariada cuando éste sufre un desafortunado accidente que lo deja chato. Para reparar esta terrible carencia, Walter decide darle a su heredero un nombre suficientemente grandioso que compense su falta de nariz. El heredero del señor Shandy se llamará Trismegistus, o sea Trismegisto, el tres veces grande. Pero de nuevo los astros parecen conspirar contra Walter: otro fatídico accidente le impide llegar a tiempo al bautizo de su hijo, y se ve obligado a valerse de los malos oficios de la criada Susannah. Ésta, ajena a la ambición de su amo, es incapaz

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 63.

<sup>8</sup> *Ibid.*, p. 120.

de repetir el nombre elegido para que el cura bautice al niño. “Empieza con Tris..., [dice.] Debe ser Tristram o más bien Tristram-gistus. El único nombre cristiano del mundo, dice el cura, que empieza con Tris es Tristram”. Y procede a bautizar al niño con el desafortunado nombre de Tristram. “Tristram me pusieron, y Tristram me llamaré hasta el día en que yo me muera”.<sup>9</sup> Para desgracia de Walter, no hay nadie, ningún antecedente de alguien que haya logrado grandes cosas con ese nombre. ¿Nadie? Sólo resuena en nuestra mente el remoquete del manchego Caballero de la Triste Figura (I, 19, p. 172), que si bien Sterne probablemente tuvo acceso a él en traducción, no deja de ser una coincidencia significativa que su propio personaje se llame Tristram, el Triste.

Como expliqué al principio, la novela está narrada precisamente por el caballero Tristram Shandy, quien, al igual que los demás personajes, tiene sus propias manías e inclinaciones, sus propios *hobby-horses*. Tristram es, de hecho, la figura más vívida de la novela, pues es a través de su voz que se filtran todas las historias y, sobre todo, todas las digresiones de la novela. Se ha dicho que una de sus manías es la interrupción. El fenómeno del *shandyismo* se define como la incapacidad de tratar un mismo tema durante más de dos minutos seguidos, y en eso se ve el afán experimental de Sterne. La novela está repleta de juegos formales cuyo significado sólo tiene sentido para quien está familiarizado con la novela como género. Se ha dicho que al adoptar este estilo, Sterne se estaba oponiendo al estilo realista de Henry Fielding y al artificio epistolar de Samuel Richardson, los novelistas más destacados de su época. Sin embargo, yo me atrevería a sugerir que este estilo se deriva directamente de Cervantes.

*Tristram Shandy*, al igual que el *Quijote*, proclama su propia fama en distintos momentos. Es una fama claramente literaria, y es más, ambas novelas de alguna manera cuentan con esa fama por adelantado para impulsarse desde dentro. Ante todo, son personajes que se saben leídos. El “desocupado lector” de Cervantes reaparece incontables veces a todo lo largo de la novela de Sterne en interpelaciones y apóstrofes dirigidos a muchos tipos de lectores y lectoras (entre los cuales los críticos ocupan un lugar privilegiado, si bien el más fuertemente satirizado).

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 208.

Y si Cervantes se atreve a cantar él mismo las alabanzas de su propio libro en los sonetos y romances del prólogo, Sterne pone a la venta la dedicatoria del suyo en el capítulo VIII del primer libro, ofreciéndola sin recato al mejor postor, y en el capítulo IX declara en forma solemne que la dedicatoria anterior no la hizo “para ningún príncipe, prelado, papa o potentado, duque, marqués, conde, vizconde o barón de éste ni de ningún otro reino de la cristiandad”.<sup>10</sup> El pasaje es una calca del Prólogo del *Quijote*, cuando habla de presentar sonetos introductorios “cuyos autores sean duques, marqueses, condes, obispos, damas o poetas celebérrimos” (I, pról., p. 9).

Sterne, al igual que Cervantes, está profundamente consciente de la esencia libresca de su arte, y hace alusiones a cientos de libros, reales e imaginarios; tanto así que las alusiones, citas y demás referencias bibliográficas son parte importantísima de la textura estilística de la obra. Se burla además de convencionalismos eruditos como las notas a pie de página. Recordemos que Cervantes también hace lo propio en su Prólogo.<sup>11</sup> También, como en el *Quijote*, hay una cantidad considerable de relatos dentro de la narración principal. Vale la pena mencionar entre ellas la larguísima maldición del monje Ernulfo, presentada en latín y en inglés, *La historia del rey de Bohemia y sus siete castillos*, el tratado sobre la nariz de un tal Hafen Slawkenbergius —cuyo nombre significa “montón de mierda”— e incluso uno de los propios sermones de Sterne que luego publicaría bajo el pseudónimo de Yorick. (Recordemos que Cervantes también habla de sí mismo y de sus otras obras dentro del *Quijote*.) Y no es raro: en muchas ocasiones, Sterne se burla de la cultura de la erudición, derivada de manera directa de la cultura del libro, y de la manera en que los intelectuales desperdician su tiempo y sus conocimientos en tonterías.<sup>12</sup>

Relativamente pocos críticos ingleses han dado la debida importancia a Cervantes para el estudio de Sterne (que por cierto es una industria

<sup>10</sup> *Ibid.*, p. 10.

<sup>11</sup> Para un estudio de la historia y los usos de las notas a pie de página, incluyendo la opinión de Cervantes, cf. Anthony Grafton, *The Footnote*. Londres, Faber and Faber, 1997, p. 110.

<sup>12</sup> L. Sterne, *op.cit.*, p. 466.

que despierta tanta devoción como la dedicada al estudio de Joyce), pero D. W. Jefferson lo ha hermanado con el célebre español dentro de la tradición del “learned wit”, el ingenio culto o ingenio erudito.<sup>13</sup> Al tiempo que Sterne se burla de los intelectuales pedantes que no pueden dar un paso sin citar a algún clásico, demuestra su propia cultura en todo momento. Y si bien la narrativa generosa del *Quijote* no se compara con la parquísima narrativa de *Tristram Shandy*, es evidente que Sterne quiso poner los reflectores en ciertos logros cervantinos que rebasan la narratividad de la novela. En *Tristram Shandy* no pasa nada, pero eso no impide que Sterne le dé las gracias a su querido Cervantes una y otra vez.

<sup>13</sup> D. W. Jefferson, “*Tristram Shandy* and the Tradition of Learned Wit”, en *Essays in Criticism*, pp. 225-248, en L. Sterne, *op. cit.*, pp. 502-521.